

Acto de entrega del premio «Francisco De Venanzi» a la trayectoria del investigador universitario Año 1992

Maritza Montero
Escuela
de
Psicología,
Facultad
de Humanidades y
Educación,
Universidad Central
de Venezuela.
Caracas, Venezuela



Foto: Pavel Bastidas

Discurso de Orden **Caracas, 12 de marzo de 1993**

Me ha correspondido la honrosa tarea de ser la oradora en este acto, en representación de quienes hemos sido galardonados con el premio «Francisco De Venanzi» a la trayectoria del Investigador Universitario, que otorgan la Asociación para el Progreso de la Investigación Universitaria (APIU) y el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico. En

primer lugar, quiero agradecer con estas palabras, en nombre de quienes me acompañan en este especial momento y en el mío propio, la distinción que hoy se nos concede. Distinción múltiple por cuanto su epónimo, Francisco De Venanzi, no sólo fue un Rector ejemplar para esta Casa de Estudios, sino además uno de los más brillantes investigadores que ha producido nuestro país, pensador preclaro, en cuyo Credo, escrito poco antes de morir, hay un mensaje que muestra como ciencia y vida pueden unirse en el más noble compromiso, entrelazando sus caminos, revelando la integridad de una vida dedicada a la construcción del conocimiento y a su

divulgación, enriquecedora de la sociedad en la cual surgió, a la vez que muestra cómo la labor científica debe ser también una labor social. Distinción también por cuanto es siempre un privilegio ser juzgado por quienes se destacan en el campo en el cual emiten su juicio. Distinción además porque sabemos que es ésta una justa en la cual no participan contrincantes desarmados. Y distinción en fin, en este caso para mí singularmente, por cuanto tengo el honor de recibir este premio acompañada de dos reconocidos investigadores, de amplia y fecunda labor y noble trayectoria ucevista.

Es éste un galardón que debe ser agradecido además con la convicción y reconocimiento de que se premia, no sólo a individualidades, sino a una labor compartida con otras muchas personas: profesores que con sus conocimientos y estímulo influyeron en nuestra formación, en la selección de problemas, en el modo de enfrentarlos y en la manera de transmitir y aplicar los resultados obtenidos; colegas que estuvieron a nuestro lado, investigando a la par, presentando explícita o implícitamente el contrapunto y el diálogo necesarios para el desarrollo de la investigación; estudiantes cuya curiosidad, cuyas preguntas incisivas y cuya ansia de conocimiento han sido uno de los más poderosos acicates en la búsqueda del conocimiento. Y no de cualquier conocimiento, sino de uno que de alguna manera pueda responder a su sed de justicia, a su necesidad de coherencia en un mundo que muchas veces parece y es desquiciado y a su necesidad de transformación de las condiciones que así lo presentan. Y también nuestras familias, madres y padres, cónyuges, hijos, que bajo las infinitas formas de la generosidad con que se reviste el amor, nos dieron su impulso y ejemplo, su compañía, su tiempo, su apoyo, el oído atento, la palabra de estímulo, el gesto amable, el lugar de descanso, el hombro comprensivo.

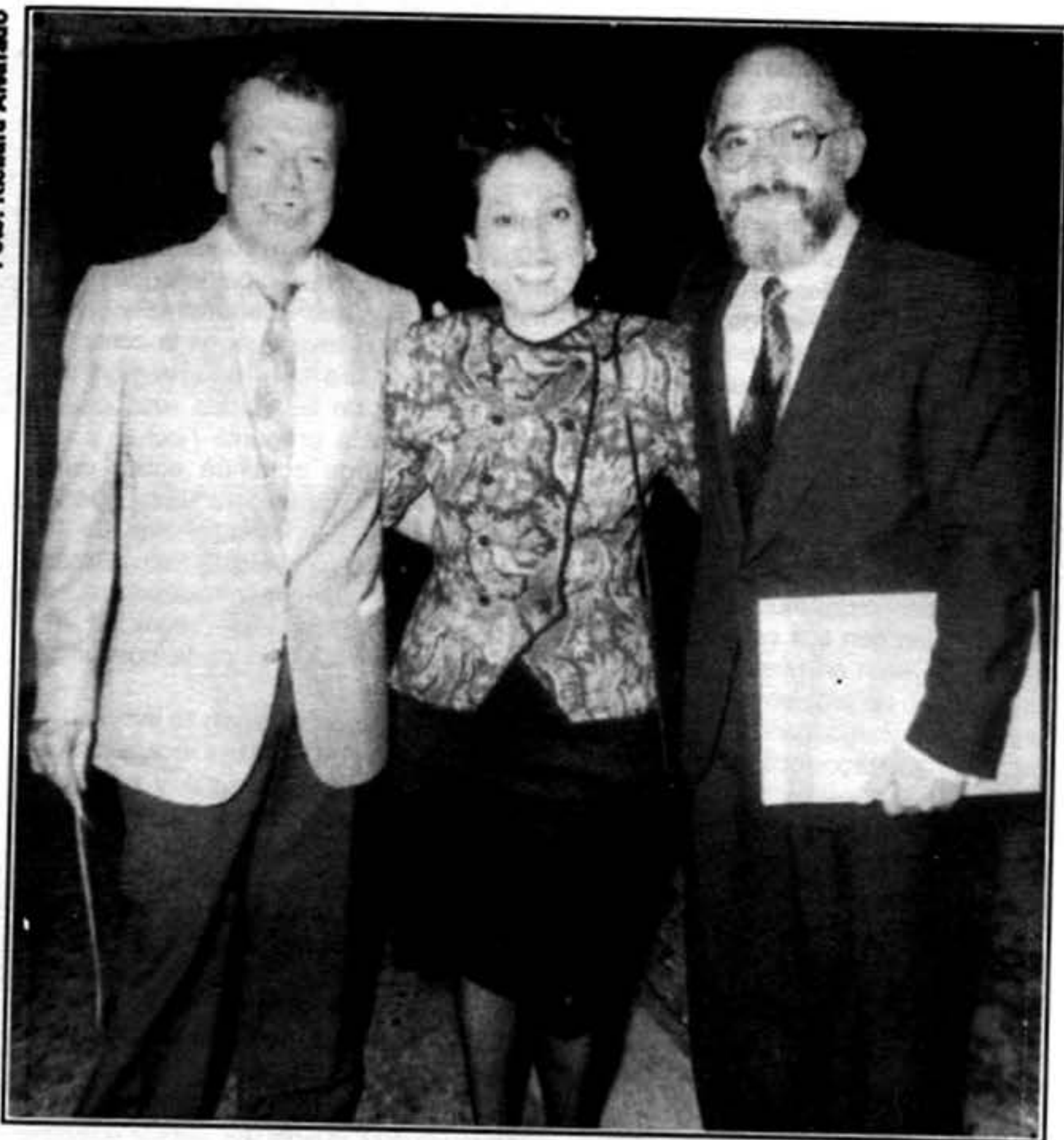
Se trata de un reconocimiento a una labor que puede ser fuente de grandes satisfacciones y de no menos grandes frustraciones, pero que es a la vez una de las más apasionantes que puedan existir, pues ¿qué significa investigar? Significa buscar afanosamente lo que no se conoce, encontrar lo que no se esperaba, sufrir una y otra vez las asperezas y dificultades derivadas de las exigencias metodológicas y de la vastedad y complejidad de la realidad en la cual se indaga; significa estar preparado para la sorpresa y aún aguardarla con ansiedad, y sin embargo, ser siempre

sorprendidos por ella; significa abrir un camino, cuidarlo, transitarlo, conocerlo con los ojos cerrados y abandonarlo, porque aún cuando haya llegado a ser tan familiar como el camino al hogar, no conducía a esa meta siempre buscada y nunca claramente definida que es el conocimiento, o bien porque alcanzado el fin propuesto, éste ya no es más que un nuevo peldaño, un paso menos, un hito que quedó atrás y ya el objetivo es otro. Investigar es la continua insatisfacción de la pregunta aún no respondida y de las tantas respuestas posibles para la pregunta hecha, y es también la duda continúa sobre cuál pregunta hacer. Es la certidumbre de la incertidumbre. La determinación de la indeterminación. Y es por eso la más maravillosa de las aventuras que se pueden emprender, pues es la aventura sin fin, interminable, multiforme, de la búsqueda del conocimiento.

Y es que el conocimiento se inicia en la comprensión, en la certeza e incerteza que surgen en la vida cotidiana y que nos permiten manejar e interpretar el mundo que nos rodea con suficiente precisión, como para saber que necesitamos una mayor comprensión del mismo, y bajo todas sus formas siempre nos indica que es necesario ir más lejos, que siempre es necesario conocer más. Ya que sólo accedemos a una parte de él, que bien puede revelarse efímera, engañosa, voluble, y que es sólo la base para emprender un nuevo camino; la llave que abre una nueva puerta. El conocimiento engendra nuevo conocimiento y la única verdad que produce es la de su carácter mudable, la de su propia transformación.

La investigación es entonces un viaje en el cual cada día se descubre un nuevo continente. Continente que puede estar contenido en una partícula infinitesimal, en una célula, en un ser humano, en una sociedad, en el cosmos... y que en cada uno de sus múltiples ámbitos es ilimitado. Es un viaje en el cual las cartas de marear se van haciendo a medida que se avanza y en el cual el puerto del cual se partió se acerca y se aleja y ora queda atrás, ora queda adelante. Y es viaje también de circunnavegación, pero no porque regresemos a donde partimos, sino porque es ese buscar sin fin, volvemos sobre territorios visitados, que en la medida en la cual su percepción depende de nuestros sentidos y de las prolongaciones que a estos damos: nuestros instrumentos de observación, de medición, de intervención y de evaluación, son siempre nuevos.

Foto: Richard Alvarado



*J.J. Montilla, Maritza
Montero y Nicolás Bianco,
premios Francisco De
Venanzí 1992.*

Parecería así, que en la búsqueda del conocimiento, lo seres humanos siguiésemos un movimiento pendular, en el cual se adoptan ideas y posiciones extremas, entre las cuales discurre la actividad de investigación, pasando en esa oscilación por diversas tendencias, que van desde el fanatismo hasta el balance, amenazado en este caso, por la parálisis como atractor fatal. Pero no por mucho tiempo, pues el campo de la ciencia es vasto, múltiple y las corrientes que lo agitan operan simultáneamente en muchos ámbitos. En él no puede existir el equilibrio, ya que equilibrar el conocimiento equivaldría a detenerlo, a fijarlo y por lo tanto a excluirlo, y su esencia es la acción, el movimiento. Sería pretender haber alcanzado, definitivamente, la sabiduría y con ella la verdad. Esa verdad que a veces se trata de ubicar en alguno de los polos del movimiento, pero que no es objeto de la ciencia, ya que pretender haberla alcanzado es uno de los mayores peligros que acosan

a todo investigador. Y es que una vez que se cree haberla obtenido, entonces ¿para qué investigar más? ya no sería necesario avanzar, pues se habría alcanzado lo absoluto. Por el contrario, lo que la ciencia enseña, a través de su constante labor investigativa, es que detrás de todo conocimiento adquirido hay siempre mucho más saber por adquirir.

Pero investigar hoy, añade a la indeterminación misma de todo el quehacer humano y de la labor investigativa en sí, un nuevo reto, que obliga a repensar la actividad científica: la aceptación creciente del paradigma científico que viene emergiendo desde hace dos décadas, caracterizado por el reconocimiento de la historicidad de los fenómenos humanos y de su inserción cultural; por desechar la noción que hace del conocimiento una forma de verdad absoluta, negando su carácter igualmente histórico, transitorio, y que lo hace, por lo tanto relativo; por el

reconocimiento de los seres humanos como constructores activos de su realidad; por el rechazo de la pretendida «neutralidad» de los investigadores y el reconocimiento en cambio, de su acción sobre los hechos observados; por el reconocimiento del conflicto y de la perspectiva de la resistencia de las minorías, como parte de la tensión esencial que genera conocimiento; por la idea de que la realidad es dinámica, es dialéctica, esencialmente cambiante. Así, en vísperas de un nuevo milenio, una nueva episteme comienza a abrirse paso, generando nuevos puntos de vista, nuevos objetos de indagación y preparando el terreno para nuevas formas de pesquisa. Ningún desafío mejor que éste para los investigadores: la generación de nueva ciencia, de nuevas técnicas, la apertura de nuevas áreas de conocimiento, el enfrentar nuevos problemas.

Y así, por obra y gracia de la investigación, la creación de la realidad, ese maravilloso acto humano de cada día, logrado por el lenguaje y la acción a él ligada, se enriquece y nos revela una realidad oculta tras los fenómenos, que hace aparecer complejos sistemas hidráulicos donde antes sólo había venas y arterias y un corazón, y nos descubre un sistema solar invisible en la corte donde reina el átomo, o presenta ante nosotros los tortuosos caminos de la mente y los no menos complejos vericuetos del discurso y de sus estrategias, con todas sus pompas y sus obras. Y logra además, paradójicamente, algo que siempre han reclamado para sí las religiones, pero que la ciencia excluye como contrario a su esencia: la fe. Pues aunque no veamos ni electrones, ni protones, ni quanta, ni podamos tocar la ideología o saber cuál es la textura de una creencia o de una imagen, el efecto de estos conceptos y de las explicaciones en las cuales ellos están insertos es tan poderoso, que hablamos de los mismos como si de algo tangible se tratase. Y se cree en su existencia con la certidumbre con que se acepta la realidad del mundo que nos rodea. Y es que el conocimiento que la investigación produce, se encarna en ese mundo con la fuerza que otorga el ser parte de ese mismo movimiento. Y en esto reside otra acechanza para quien investiga, no exento el o ella de la misma atracción, de la misma seducción de los datos y de su poder de crear realidad: el encantamiento de la teoría y del método, que hace del hombre y de la mujer de ciencia nuevos argonautas, en la medida en que despliegan ante ellos regiones hasta

entonces desconocidas, pero cuya realidad puede desaparecer o verse alterada por una explicación rival. Ese encantamiento puede fijarnos en una interpretación, en una tesis y como la niebla que oculta el camino, desorientarnos, o como el canto de las sirenas que acechaban a los navegantes en el Egeo mítico, fijarnos fascinados en un punto, deteniendo el desarrollo de una investigación y del campo sobre el cual ella versa. No hay que olvidar entonces que la historia de la ciencia muestra cómo el conocimiento se ha generado como producto de la tensión entre ideas contrarias. Y que cada vez que algunas de ellas pretende ser hegemónica, paraliza de alguna manera, por algún tiempo, el desarrollo de vías alternativas y de nuevas explicaciones. pero afortunadamente, no por siempre.

Y decimos así, porque el camino del conocimiento nunca ha podido ser interrumpido. De una manera u otra, la investigación científica logra evadir los obstáculos y producir saberes que atiendan a las necesidades humanas. Pero para esto, además, es esencial la libertad para investigar. Una sociedad, una institución, un grupo que pone trabas a esa actividad comete el más estúpido acto de suicidio, pues frena sus posibilidades y ritmo de acción y se condena a la repetición. La investigación científica es parte de un acto de creación, que como creía Francisco De Venanzi, es un «acto de liberación promovida por el hombre científico, el artista, el ser humano, cuyas ideas y emociones puedan exteriorizarse sin cortapisas» (Credo, 1987).

Francis Bacon (Novum Organum, 1620) catalogaba a los investigadores según una tipología de orden entomológico. Habría así investigadores «hormigas» e investigadores «arañas». Los primeros, laboriosa y constantemente, con infinita paciencia y persistencia, recogen datos que van a acumularse y aumentar el caudal de conocimiento sobre un tema. Los segundos, laboriosa y constantemente, con infinita paciencia y persistencia, preparan la trama y tejen la urdimbre en la cual se insertan y relacionan los datos aparentemente inconexos. Unos y otros son necesarios. Y la unión de ambas tareas configura al investigador «abeja» que logra la «alianza más estrecha y firme» de lo experimental y lo racional.

Sin los datos la trama no tendrá finalidad, y sin esa trama, los datos se acumularán fragmentando el conocimiento y privándolo

de coherencia. Ambos son necesarios para crear la urdimbre del saber.

Y para unos y otros, debe existir el nicho académico y social que permita su doble acción, a fin de que los resultados de su labor, puedan tener un sentido más allá del laboratorio, del consultorio, del gabinete de trabajo, obteniendo un marco, enriqueciendo el contexto y cumpliendo una función para la sociedad.

En este sentido es necesario señalar lo que significa investigar en una sociedad como la venezolana, marcada por una carga de dependencia cultural que afecta todos los ámbitos del quehacer social y que incide incluso en nuestra identidad como nacionales. Son pocos los centros de investigación en este país y casi todos ellos están situados dentro del marco del Estado venezolano. La investigación científica en Venezuela es pues, parte de la cosa pública, si bien las dificultades en comunicar sus hallazgos, los cenáculos, la precariedad presupuestaria que tradicionalmente ha hecho del investigar la Cenicienta de los programas académicos, la hacen parecer muchas veces como algo privado, clandestino casi, producto del acto de empresa de algunas personas obstinadas. Pero es ese peculiar carácter público, mediado por la autonomía de que gozan las universidades e instituciones donde se investiga sistemática y consistentemente, el que a pesar de las vicisitudes que rodean a la actividad investigativa, permite que

esta se lleve a cabo. En efecto, quienes actuamos dentro de este marco, disponemos de la libertad de plantear las hipótesis y problemas de investigación que nuestra curiosidad y el grado de desarrollo de nuestras respectivas disciplinas nos suscitan, teniendo la garantía de que dentro de este mismo ámbito los organismos dedicados al fomento y desarrollo científico y humanístico, apoyarán nuestra labor, y facilitarán nuestra participación en eventos en los cuales podamos hallar interlocutores y de alguna manera divulgar los hallazgos obtenidos. La empresa privada en Venezuela, miope o hipermetrópe, según que sólo vea hasta donde llegan sus ganancias inmediatas o bien fije su mira fuera del país, contribuye en muy escasa, por no decir insignificante medida, al desarrollo de la investigación científica en Venezuela.

Por eso investigar en nuestro país puede también ser labor quijotesca, muchas veces realizada más «a pesar de», que «con el apoyo de». Pero aún así, se logra y puede producir resultados de avanzada. Es por esto que hoy agradecemos este estímulo, personalmente y en nombre de la comunidad de investigadores universitarios que día a día suma su esfuerzo para que el conocimiento no sea otro bien de consumo más, sino parte del desarrollo nacional, elemento arraigado en nuestra cultura.

Gracias.

Foto: Richard Alvarado



Acto de entrega del premio Francisco De Venanzi 1992.